

# LA POESÍA DE MARCO ANTONIO MONTES DE OCA,

## La «inteligencia del lenguaje»

M<sup>a</sup> Belén Castro Morales

Se puede asegurar, a riesgo de pecar de esquematismo, que la poesía hispanoamericana en su vertiente más pura ha sido durante años la injusta víctima de esa otra que ha contado a su favor con un gran poder de convocatoria, llámese poesía neo-romántica o social. En Neruda confluyen estas dos tendencias de amplia resonancia en el público lector, y su abundante verbosidad ha ocultado las voces de otros poetas más sobrios en su actitud, más encerrados en su voluntad de creación que en la explosiva expresión de sus sentimientos. Poetas como Huidobro, Lezama, Borges o Paz, integrantes de una línea de investigación del lenguaje poético en una actitud cercana a la Mallarmé, sólo han tenido acceso a un público culto y especializado. Por otra parte, la onda expansiva del «boom» de la narrativa hispanoamericana ha contribuido a que la atención se desvíe de una actividad poética que durante años ha dado lugar a realizaciones tan valiosas como poco conocidas. Últimamente parece ser que el reflujó del «boom» está dejando lugar a una serie de poetas contemporáneos que empiezan a tener acceso a cierto sector editorial. Tal es el caso de Marco Antonio Montes de Oca (México, 1932), un poeta prolífico del que sólo se conocen en España dos libros: *En honor de las palabras*, publicado en la Colección Visor de Poesía, y esta selección de su obra última, *Comparencias*,<sup>1</sup> que a continuación comentaremos.

Marco Antonio Montes de Oca pertenece a ese grupo de poetas que José María Valverde ha dado en llamar «neosurrealista» y que inician su trayectoria poética en los años de la decadencia del vanguardismo. La generación de Montes de Oca recibe como herencia inmediata el fracaso del estridentismo mexicano, cuyo esfuerzo apenas logró superar esa dependencia mimética que caracterizó a toda la vanguardia hispanoamericana, incapaz de adaptar a su medio lo que desde Europa se tomó como una moda, por otra parte anacrónica, dados los años de retraso con que llegó a los países hispanoamericanos. Más concretamente, el repro-

che de estos poetas a la generación vanguardista, se centra en su carencia de una actitud sincera, integradora y vital en su arte, que no obedecía a una conciencia ética de la poesía como forma total de experiencia, sino a una mera reiteración de moldes suministrados por las escuelas europeas.

Por otra parte, la generación Montes de Oca trata de huir de esa poesía sentimental y descriptiva a la que fueron tan proclives los poetas postmodernistas. Su poesía huye de los estados de ánimo como tema central del poema para situarlos fuera de él, en la categoría de factores desencadenantes que ponen en marcha el mecanismo del lenguaje. Esta nueva valoración de lo que debe ser el lenguaje poético y su lugar a ocupar en el proceso de la creación literaria ha dado lugar a una tendencia en la que la poesía habla de sí misma, donde, en la misma obra, el lenguaje se cuestiona y ejerce su autocrítica. Se convierte así en la finalidad misma del poema, es su medio y su fin, objeto y sujeto del acto poético.

La poesía de Montes de Oca parte de la superación del vanguardismo y de la poesía intimista tradicional para situarse en ese plano donde el máximo interés de la poesía es su propio lenguaje. En su poesía el lenguaje lo es todo: es la única imagen posible del mundo, la que mediante él aflora desde su subjetividad; es el único instrumento válido para la investigación de esa realidad; es el traductor del conocimiento que subyace bajo las apariencias de la objetividad, y es, sobre todo, el oráculo de la imaginación del poeta. Porque no se puede hablar del lenguaje poético de Montes de Oca sin hablar de imaginación. Como hace notar Ramón Xirau en el prólogo a *Comparencias* es en virtud de la imaginación que se organizan todos los elementos del poema en sus relaciones combinatorias, tanto esos elementos como sus relaciones funcionan como imágenes, «aun cuando su tema sea el amor, la mujer o la sociedad, el tema se convierte en imagen. Es decir, no en un resultado de la percepción sino en un olvido deseado de la percepción». La imagen permite la imaginación de las zonas oscuras de la realidad, de modo que la amplía y la enriquece con nuevos conocimientos. De esta manera la imaginación es un desafío y una rebelión contra el limitado saber objetivo, esclavizado por la temporalidad, y por ello condenado a la relatividad y a la apariencia. Mediante la imaginación se trata de atravesar las coordenadas temporales y espaciales para acceder a lo eterno y a lo infinito. Montes de Oca desprecia el atractivo juego de las apariencias para buscar lo que es significativo en sí y no en el tiempo, lo que es esencial y complejo, opuesto a los elementos del mundo objetivo, que son planos y contingentes. Montes de Oca es un poeta de la complejidad: mira las cosas en todas sus facetas y combinaciones, tal como aparecen en el incesante torbellino de la imaginación. Pero aún hay más: la imaginación, en la poesía de Montes de Oca se alía al azar. El azar establece relaciones inéditas entre los objetos imaginados, relaciones móviles, mágicas, que en el mejor de los casos aportan un destello de sabiduría. Y eso precisamente es lo que espera el poeta, porque sabe que el azar llega más lejos que los pobres instrumentos de la razón, donde las relaciones entre los elementos son fijas, inamovibles y demasiadas conocidas. La imaginación pone todo en movimiento para que el azar establezca sus alianzas mágicas e iluminadoras, que se traducen en imágenes del conocimiento.

Hemos hablado de una escritura que mana de la imaginación y se alía con el azar. Dos datos que definirían a Montes de Oca como poeta surrealista. Sin embargo, no puede afirmarse que sea un surrealista ortodoxo. Es cierto que se cree en una realidad más allá del mundo palpable y racional. También cree en una imaginación exaltada que se arriesga en territorios desconocidos. Su escritura pudiera parecer automática y su confianza en el azar incondicional. Pero no es así. El poeta conserva una mirada que controla atentamente, aunque

desde lejos, ese fluido libre de la imaginación, acechando el destello de una chispa que pueda surgir entre el incesante entrecuchar de significados. En otras palabras, su postura es selectiva. Su mirada lúcida espera lucidez para su discurso. Lo que caracteriza a los surrealistas es la ausencia de control, el adormecimiento de la razón y la entrega a su pasión onírica. En la poesía de Montes de Oca, en cambio, el adormecimiento es aparente porque su espíritu vigila, y su pasión no es onírica, sino gnóstica.

Hemos hablado también del núcleo expresivo de su poesía: la imagen, que en su mecanismo y efecto inmediato pudiera identificarse con la imagen vanguardista. En efecto, la imaginería de Montes de Oca tiene mucho que ver con la del chileno Vicente Huidobro, pero esta identificación se produce justo en la zona más apartada de la reiterativa y fría imaginación vanguardista. Montes de Oca no cree en el culto de la «imagen por la imagen», sino en el poder de ésta para iluminar y explorar su mundo interior. Es decir, la subjetividad del poeta habla en imágenes, ya que sólo éstas pueden expresar las profundas implicaciones del mundo subjetivo.

Ramón Xirau, en el prólogo ya citado, atribuye a Montes de Oca características de poeta romántico. En efecto, el surrealismo de Montes de Oca se ve mixtificado por un cruce de romanticismo que puese definirse por su creencia en la inspiración (una inspiración que procede del mismo lenguaje al desencadenarse), en la imaginación como sustento de una concepción subjetiva del mundo, de un mundo poético autónomo y personal; en la poesía como método de conocimiento trascendente y de búsqueda esencial; en la literatura como desafío a la historia y como defensa de la temporalidad. Para Montes de Oca la poesía es una mística, en cuanto conduce a la revelación del conocimiento y suple la ausencia de Dios. De ahí el continuo deseo que mueve al poeta, un deseo de trascendencia o de infinito que supone la salvación del trabajo destructor del tiempo.

Hemos visto hasta ahora la postura ética y estética de Montes de Oca respecto a la poesía y a su finalidad. Repasemos brevemente su obra anterior a la compilada en *Comparecencias*.

Montes de Oca inicia su trayectoria bajo la influencia existencialista de Sartre y Camus. Sus primeras obras están amenazadas por el nihilismo que por aquellos años ganaba los poetas de su generación. Al mismo tiempo, hacia 1947, Montes de Oca comparte con Eduardo Lizalde y otros jóvenes poetas la creación del «Poeticismo» cuya preocupación, similar aunque diferenciada de la de Lezama Lima, se centraba en problemas intrínsecos de la poesía, tales como la imagen y la metáfora<sup>2</sup>. De esa época datan sus ideas sobre la visión subjetiva como única imagen del mundo y sobre el poema como entidad autosuficiente que revierte en sí mismo sin sustentarse ni explicarse en datos externos.

En 1955 publica *Ruina de la infame Babilonia*, libro que acusa una influencia surrealista a la manera de Octavio Paz. El surrealismo supone un escape del agobio existencialista, y su poesía se torna más afirmativa, entusiasta y luminosa. El poeta vislumbra otro mundo que aún está por descubrir. Sin embargo, no es un libro enteramente surrealista, ya que trata de mantenerse entre el automatismo y una cierta coherencia en sus contenidos. Los poemas de esta obra, así como otros de esta época, participan de lo que Ramón Xirau ha llamado «épica interior»: poemas extensos, discursivos, que narran una aventura subjetiva a la manera de St. John Perse, Eliot o Pound. Esta voluntad de claridad, que viene a ser un deseo del conocimiento esencial, ya se encuentra con mayor madurez en *Delante de la luz cantan los pájaros* (1955), y en *Contrapunto de la fe*, obras que buscan una fe esencial, ya que la fe es la que puede trasfigurar la realidad inmersa en la penumbra sin relieve del existencialismo. Esa fe ilumina las cosas, las salva de la temporalidad... Los poemas de estas obras han encontrado la alegría esperanzada y diurna que Montes de Oca admiraba en la obra de Huidobro y Paz. Después de 1970, fecha en que publica su *Poesía reunida*, se inicia una nueva etapa en su escritura. La

imaginación ya no está valorada como un torrente que arrastra conocimiento; ya no parte de ella sino que trata de dominarla, de hacerla menos compulsiva. Aún así, sigue pensando que todo ocurre en poesía a partir del lenguaje, y conserva la fe en su poder transfigurador de la realidad. En sus últimos libros de poemas entra en juego la conciencia de la crisis, la amargura, que halla su respuesta en la ironía y en un humor crítico que no descarta una constante luminosidad y transparencia que caracteriza la poesía de Montes de Oca.

*Carencias* reúne las seis últimas obras del poeta mexicano. En esta selección encontramos la ilustración de esta época de cambios que, hacia 1970, afectó y modificó la poesía de Montes de Oca.

*El corazón de la flauta* (1968) es un poema largo, una extensa letanía escrita bajo el ritmo amplio y fluido de una imaginación puesta en marcha para cantar a la Gracia (mujer, vida o poesía). Desde su potente subjetividad el poeta se funde con el mundo mediante un canto ritual lleno de lucidez:

Mi magia no es blanca negra o incolora  
Toma el color de aquello que transforma

En efecto, todo aparece transfigurado e iluminado por una luz que procede del entusiasmo. El lenguaje se desenvuelve, se conjuga, se distiende o se ciñe en un alarde que es la celebración del canto mismo. Juegos e imágenes visuales o verbales, personificaciones y abstracciones se hacen presentes en el poema para mostrar la luminosidad del mundo, del lenguaje. El amor es la potente máquina que impulsa al lenguaje a derramarse sobre las cosas con todo su caudal de imágenes gozosas.

*Soy todo lo que miro* (1973) sigue teniendo como núcleo generador el lenguaje. Los poemas son un exaltación del poder de la poesía, en cuyo ámbito se logra vencer la fatalidad del tiempo. Seguro de la consecución de este instante eterno, el poeta asume totalmente el riesgo de entregarse al azar, a la aventura del lenguaje. Hay que abismarse sin condiciones ni garantías para salvarse de la temporalidad, y el poeta hace de esta necesidad su postura vital («Cuando me despeño/Temo ser herido por la red»). El despliegue del lenguaje, que palpa la realidad y la reconoce, hace posible la función del poeta con el mundo, pero el conocimiento de éste sigue siendo subjetivo, porque el lenguaje sigue conservando su poder transfigurador:

Sorpresa  
Déjame ser todo cuanto miro  
Tus pavos irreales me interesan mucho

En este libro, como en *El corazón de la flauta* y en algunos poemas de libros posteriores, Montes de Oca suele recurrir a la letanía, un discurso reiterativo y adormecido que baja la guardia de la razón para que el lenguaje fluya como un vehículo ritual. El sonsonete sonámbulo de la oración revelará el conocimiento de algunas incógnitas que el ojo lúcido del poeta captará desde su sueño simulado. Es lo que él llama, en su poema «El arte de los sordomudos», «el arte de dormir con los ojos encendidos».

*Se llama como quieras* (1974) es el libro de la temporalidad y de sus consecuencias. Esta vez el lenguaje toma la conducción poética para hacer presente todo lo que el tiempo ha destruido, olvidado o alejado del poeta. Tiene así un poder actualizador que recupera para el presente lo que el tiempo había hecho desaparecer. Hay una firme voluntad de memoria, de lucha contra el olvido, de recuperación de lo ausente. Porque «el pasado no muere con los muertos/Helo aquí atollado pero en movimiento». Mediante el lenguaje, el amor y el recuer-

do actualizan el pasado para volverlo a hacer vibrar en «La vehemencia del presente», ese instante complejo que el deseo vuelve hacia el futuro. En el presente está todo el misterio de la existencia que se oculta tras las apariencias y la paradoja. Montes de Oca no trata de eludir las. Asume el riesgo de enfrentarse con ellas, sabiendo que su superación conduce a la lucidez: «La paradoja nos volverá/limpios y certeros».

La temporalidad se traduce en esta obra en un continuo trasvase de experiencias del pasado hacia el presente, en un insistente deseo de claridad para el futuro... y parece identificada con la historia y sus ruinas. Su contemplación suele dar lugar a una amargura que se traduce en ironía en versos como éste: «Se aproxima la edad de oro de las ruinas». El tiempo implica olvido, abandono. El hombre se siente solo y desasistido, en un mundo olvidado hasta por Dios:

La divinidad  
Muere o hiberna para despertar a tiempo  
.....  
Tímida hasta la misericordia  
La divinidad  
Busca la puerta del verano  
Y pide permiso para entrar:  
Ya no se acuerda  
De que ella y sus huestes lo inventaron

La muerte de Dios deja un hueco que es suplido por una nueva moral:

El amor la libertad la poesía  
Tres caras distintas  
Y una sola moneda verdadera

En efecto, el amor y la poesía son las únicas armas liberadoras que permiten escapar de los efectos del tiempo. La poesía logra burlar el destino y permite al hombre salirse de su ciclo vital (mortal) hacia una trascendencia situada más allá de la «incandescente pudrición» de la historia: «No bebas el agua en que se han disuelto tus hermanos». Partiendo de esta rebelión contra el propio destino temporal el poeta tiende hacia ese mundo esencial donde habita la claridad y la transparencia.

En *Las constelaciones secretas* (1976) continúa Montes de Oca su reflexión sobre la poesía y el amor como armas contra la miseria del tiempo. El lenguaje es capaz de borrar los designios temporales y de fundar un mundo trascendente opuesto al hastío del mundo objetivo, sumido en la linealidad de la historia. Ese lenguaje hace posible un conocimiento esencial que va más allá del saber racional, simbolizado por el búho en el poema «Pirámide». El sueño y el lenguaje ponen al alcance del poeta todo lo que el destino le ha negado. El amor también cumple esta función mágica y lleva a cabo la superación de la frialdad de los actos cotidianos. El amor y el deseo de claridad se unen en poemas como «Algunas abejas mueren en el aire», en busca de esa llama vital que alumbró una existencia plena.

Esta obra contiene además una reflexión sobre el deseo como búsqueda sin fin y como reivindicación de la integridad del hombre y de su derecho a un universo propio. El deseo

impulsa el buceo del lenguaje (que a veces es también un vuelo) y lo lanza a esa búsqueda interminable que mantiene al hombre en pie:

Una sola sílaba y mi reino sería mi reino  
No de este mundo ni del otro sino mío

*Poemas de la convalecencia* (1979) continúa su reflexión sobre el tiempo y el deseo de vencerlo. Pero esta vez la claridad no reside en el futuro, sino en los orígenes perdidos. El poeta observa los efectos del tiempo y del destino: privación, ruina... Todo está «ensimismado en su zodiaco». El poeta acepta y reconoce su condición temporal, su destino hacia la muerte. Pero se siente extraño en el mundo, toma conciencia de su «atávica orfandad», acepta que «el país del hombre es su pensamiento». De ahí su empeño en investigar en su recuerdo y de buscar la virginidad del mundo anterior a los desastres del tiempo. Este deseo está determinado por una finalidad ética:

La exaltación de la prudencia,  
entendiendo por tal,  
la virtud de preservar  
la incandescencia.

Consciente de la fuerza indetenible del destino, el poeta insiste en refugiarse en la poesía, aun cuando a veces duda de su poder creador.

El último libro de esta selección, *Sistema de buceo* (1980), es una colección de poemas en prosa en los que el lenguaje se pone al servicio de una profunda introspección en todos aquellos temas que sustentan la preocupación ética y el universo poético de Montes de Oca. La obra tiene cierta apariencia de libro de viajes, en este caso viajes interiores donde se desvelan paisajes subjetivos, hazañas del espíritu en su búsqueda continua. Es una reflexión sobre el lenguaje, sobre la poesía, sobre el deseo y el riesgo de ser poeta, sobre la cultura, la soledad, la religión y la búsqueda de identidad, sobre el papel de la poesía como «detonador de la realidad»... Sabe que la poesía es un oficio arriesgado porque se enfrenta a las leyes de la realidad objetiva: «... el cazador que se adelanta demasiado es otro blanco más». Pero incluso así acepta el desafío para sumergirse en la complejidad de su existencia.

---

1 Montes de Oca, Marco Antonio: *Comparecencias. Poesía 1968-1980*. Barcelona, Seix-Barral, Col. Biblioteca Breve, 1980.

2 TORRES FIERRO, Danubio: *Entrevista con Marco Antonio Montes de Oca en Vuelta*, n.º 46; México, Septiembre 1980